

Conoce el llamado de Dios y el propósito eterno para ti

// Charlas Bíblicas con Carlos Reich

El llamado de Dios y la elección divina

El llamado de Dios no nace de la voluntad humana ni de una aspiración personal, sino de un propósito eterno establecido por Él. La Escritura muestra que es Dios quien escoge, no el hombre quien se postula. Este llamado no debe confundirse con una vocación profesional o ministerial, sino con una elección soberana que responde a la voluntad divina. Jesús mismo lo expresó con claridad: muchos son llamados, pero pocos escogidos.

Cuando Jesús llamó a sus doce discípulos, no lo hizo al azar ni por méritos humanos. Mateo 10 revela que este llamado vino después de hechos concretos: sanidades, milagros y autoridad manifiesta. El “entonces” del texto bíblico marca una transición clara: después de obrar, Jesús delega autoridad y envía.

La autoridad de Jesús y la misión encomendada

Jesús no solo llamó a sus discípulos, sino que les dio la misma autoridad que Él ejercía. Les confirió poder para sanar enfermos, echar fuera demonios y proclamar el Reino de los cielos. Este acto no fue simbólico, sino práctico y

desafiante. El mensaje implícito era claro: ahora les tocaba a ellos continuar la obra.

Este llamado sigue siendo un desafío para los creyentes de hoy. Implica responsabilidad, obediencia y fe. No se trata de admirar a Jesús desde la distancia, sino de caminar tras sus pasos, confiando en que Él respalda lo que ordena.

Milagros, fe y el debate del cesacionismo

Existe una corriente que afirma que los milagros cesaron, pero la experiencia viva de la obra de Dios contradice esa postura. La fe en un Dios que sigue actuando se apoya tanto en la Escritura como en el testimonio personal de vidas transformadas, sanadas y restauradas.

Dios no eligió a los mejores según criterios humanos. Su “casting” fue desconcertante: pescadores rudos, hombres impulsivos, dudadores y un publicano despreciado por su propio pueblo. Esta elección revela que Dios no busca capacidad previa, sino corazones dispuestos.

Los apóstoles y la gracia que transforma

Pedro negó a Jesús, Tomás dudó, Mateo era considerado un traidor, y otros eran hombres sin prestigio alguno. Aun así, Dios los escogió para avergonzar a los sabios y manifestar Su poder. La omnisciencia de Dios se hace evidente incluso en la elección de Judas Iscariote, demostrando que el plan divino no depende del entendimiento humano.

La elección de Dios no se basa en popularidad ni aprobación social. Él llama conforme a Su propósito eterno, y Su gracia es la que capacita.

El peso y la autoridad del llamado divino

Cuando Dios llama, no lo hace para negociar. Moisés, Isaías y Jeremías presentaron excusas, pero el llamado permaneció. Mateo dejó todo al instante. Jonás intentó huir, pero terminó cumpliendo el mandato tras un profundo proceso de corrección.

Ignorar el llamado puede llevar a situaciones de quebranto espiritual. El relato de Jonás ilustra cómo muchos creyentes viven atrapados en el “vientre del pez” por resistirse a la voz de Dios. Sin embargo, la gracia siempre abre una puerta al arrepentimiento y a la restauración.

El llamado que se expande a todos

Jesús hizo tres grandes llamamientos: primero a los doce, luego a los setenta y finalmente a todos los creyentes. El evangelio siguió un orden, comenzando con Israel y extendiéndose a todas las naciones. No se trata de exclusión, sino de un diseño divino que culmina en la universalidad del mensaje.

El envío de los doce no tenía como fin fundar una institución, sino expandir el Reino de los cielos. Predicar, sanar y liberar eran señales visibles de que el Reino se había acercado.

El poder del Espíritu Santo en la obra de Dios

El cumplimiento del llamado no depende de la fuerza humana, sino del poder del Espíritu Santo. En Pentecostés, los discípulos fueron llenos de ese poder y el resultado fue una expansión imparable del evangelio.

No es con ejército ni con fuerza, sino con el Espíritu de Dios. Esta verdad sigue vigente: la capacitación viene de lo alto, no de la autosuficiencia humana.

Sanidad, obediencia y experiencia personal

La experiencia personal confirma que Dios sigue obrando. Aun en medio de fracasos, dudas y procesos dolorosos, la obediencia perseverante produce fruto. Orar por enfermos, predicar arrepentimiento y confiar en Dios forma parte de una fe viva, no teórica.

La iglesia sana es aquella que crea un ambiente donde los dones se desarrollan y el Espíritu Santo actúa libremente. El liderazgo no controla, sino que acompaña, discierne y anima.

La pureza del corazón en el servicio a Dios

El verdadero peligro no está en ejercer dones, sino en las motivaciones del corazón. La Escritura advierte contra el orgullo, la codicia y el deseo de fama. El ministerio no es un medio para enriquecerse ni para obtener reconocimiento, sino un llamado a servir con humildad.

El gozo verdadero no proviene de los milagros, sino de saber que el nombre está escrito en el libro de la vida. Servir a Dios exige una revisión constante de las intenciones internas.

La provisión divina y la fe práctica

Jesús enseñó a no depender del dinero ni de seguridades humanas. Muchos abandonan el llamado por temor a la falta de

provisión, sin darse cuenta de que terminan esclavizados por aquello que intentan asegurar.

Dios sigue siendo proveedor. Así como alimenta a las aves del cielo, cuida de quienes obedecen Su voz. El llamado requiere fe, pero también trae paz y propósito.

Aceptar el llamado hoy

El llamado de Dios no caduca, pero puede ser postergado. Hoy es un día para retomar lo que fue abandonado, para dejar las excusas y volver al camino marcado por Dios. Quien obedece experimenta la bendición que enriquece y no añade tristeza.

Dios llama a personas imperfectas y las perfecciona en el proceso. Él no exige credenciales, solo disponibilidad. Cumplir Su mandato no solo honra a Dios, sino que llena de sentido la vida.